



De izquierda a derecha los presidentes de Bielorrusia, Rusia, Alemania, Francia y Ucrania tras la firma de los Acuerdos de Minsk II.

UCRANIA, guerra y paz

Europa y EEUU mantienen un delicado pulso con Moscú para evitar la extensión de la contienda

EN una paradoja de la Historia, fue también un mes de febrero de hace 70 años cuando los vencedores de la II Guerra Mundial se reunieron en Yalta (Crimea) para delimitar como aliados victoriosos el reparto de Europa y definir zonas de influencia en todo el planeta entre soviéticos y occidentales. Una guerra fría entre dos bloques que parecía haber terminado con la caída del Muro de Berlín dando paso a un nuevo orden mundial basado en el consenso, el progresivo desarme, la reunificación del Viejo Continente y

la supremacía de las cancillerías occidentales sobre una Rusia debilitada y herida en su orgullo. Pero Moscú jamás vio con buenos ojos la extensión hacia el Este de la OTAN y de la UE, y el mazo definitivo fue la progresiva tendencia de Kiev hacia Europa. Ucrania, considerada por Rusia cuna y esencia de su nación y poblada en su zona oriental por habitantes de origen ruso, es además el paso obligado de sus gasoductos y la frontera natural que actúa como estado tapón con el territorio de la Alianza Atlántica. Ahora, siete décadas después de Yalta, el conflicto separatista proruso

del Este de Ucrania se ha convertido en el detonante que determinará las reglas de juego de una nueva era.

Por el momento, la *real politik* impone en las cancillerías occidentales una firme prudencia que combina las sanciones económicas con la demostración de unas capacidades militares preparadas para ser utilizadas ante la agresión a cualquier aliado y con una incansable acción diplomática. Mientras que el sector más conservador de Estados Unidos (con mayoría en el Congreso) opta por apoyar militarmente a Kiev, Europa, liderada por el eje franco-alemán, ha

Putin está moviendo fichas en el tablero geoestratégico para que Rusia recupere su perdido rol de superpotencia

protagonizado a comienzos de febrero una maratónica gira política —la canciller alemana, Angela Merkel recorrió en una semana más de 23.000 kilómetros que la llevaron a Moscú, Estados Unidos, Otawa y Kiev— que cristalizó el pasado 11 de febrero en los Acuerdos de *Minsk II* (Bielorrusia). Unos y otros saben que no son definitivos pero sí permiten ganar un tiempo precioso para impedir la extensión de la guerra (según cifras de la ONU, durante el año que dura este conflicto han muerto más de 5.500 personas, cerca de 14.000 han resultado heridas y hay 1,7 millones de desplazados) y asumir como el menor de los males la separación de Kiev del denominado Donbas, que incluye las regiones de Donetsk y Lugansk (algo similar a lo que desde hace años sucede con el Transdniéster, un territorio jurídicamente en el limbo que, aunque perteneciente a Moldavia, está *de facto* bajo la órbita de Moscú).

Rusia, con Vladimir Putin a la cabeza, está moviendo sus fichas en el tablero de la geoestrategia para recuperar su perdido rol de potencia. A veces, lo hace de forma sutil, otras no tanto. Desde hace años el Kremlin dirige una campaña mediática en la que, por un lado, erige al nacionalismo ruso como la esencia de los valores tradicionales de todos los rusófonos en su área de influencia y, por otro, practica una política de depuración política un tanto oscura que, incluso, cruza la delicada línea de la conspiración con hechos tan difícilmente explicables como el reciente asesinato del pasado día 27 de febrero del líder opositor Boris Nemtsov o lo que sucedió en 2006 cuando mataron a la periodista más crítica con su gobierno, Anna Polikósova (no obstante los índices de popularidad de Putin alcanzan en su país cifras cercanas al 80 por 100). De cara al exterior, se vende al mundo como la alternativa ideológica al capitalismo y a la supremacía norteamericana y de Bruselas. Con ello mantiene fidelidades en gobiernos tan dispares como el venezolano, el sirio, el chino o el iraní —Moscú ha dejado claro que debe ser considerado un interlocutor de primer orden en

toda cuestión de seguridad mundial— y también despierta simpatías en partidos políticos europeos de nueva creación siendo el ejemplo más claro el del griego Syriza. También emplea el más absoluto descaro e ignora la legalidad internacional como ocurrió con la anexión de Crimea o el actual respaldo militar con hombres y medios a los separatistas del Este de Ucrania. Sabedor de su poder —la Federación Rusa dispone de importantes recursos económicos, ingentes reservas naturales

países comunitarios) pero también es cierto que la dependencia europea del gas ruso es más obvia.

ACUERDOS DE MINKS II

«Este no es un conflicto que pueda ser resuelto en un tratado de paz como los suscritos en Minsk. Va mucho más allá», sentenciaba el semanario británico *The Economist*. Los acuerdos alcanzados en la capital de Bielorrusia el pasado 11 de febrero tras una intensa reunión de más de 17 horas entre los presidentes



Voluntarios del batallón *Aidar*, uno de los más activos entre las fuerzas rebeldes, quitan la bandera de Ucrania de una sede oficial en Kiev el pasado 2 de febrero.

y un incuestionable poder militar con capacidad atómica— Putin está imponiendo unas particulares reglas de juego que exigen un giro en el concepto de no agresión por la destrucción nuclear mutua. Pero Moscú también sabe que, le guste o no, está condenado a entenderse con Occidente. Ambos se necesitan en cuestiones de seguridad común como la lucha contra el terrorismo islamista y, además, su interconexión económica es incuestionable. La economía moscovita está asfixiada por las sanciones (Rusia es el tercer socio comercial de la Unión Europea y más de la mitad de sus exportaciones se dirigen a los

de Ucrania, Petro Poroshenko, y Rusia, Vladimir Putin, con la intermediación de los de Alemania, Angela Merkel, y Francia, Francois Hollande, no son una hoja de ruta para la paz. Se trata, en definitiva, de poner un ladrillo que evite el abismo y ofertar algo concreto para que la comunidad internacional, representada en este caso por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), pueda supervisar la situación sobre el terreno y mantener una puerta entreabierto al diálogo.

El mero hecho de que se reunieran los cuatro jefes de Estado es ya un éxito diplomático en sí y otorga mayor enti-

En el año que dura le revuelta separatista en el Donbaas han muerto 5.500 personas y hay 1,7 millones de desplazados

dad a la tregua firmada por líderes rebeldes y representantes de las Fuerzas Armadas ucranianas el pasado septiembre (el denominado *Minsk I*). Ahora, la cumbre discurrió en paralelo a las discusiones de un grupo de contacto, formado por representantes de las autodenominadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, además de Ucrania y Rusia bajo la égida de la OSCE. «No todo se ha conseguido, pero hay una esperanza», afirmó Angela Merkel. Los líderes dieron su espaldarazo a una lista de 13 puntos, que deberán ser profundizados y desarrollados, para renovar los compromisos incumplidos, que muchos daban ya por enterrados. Con objeto de verificar y encauzar el proceso los miembros del cuarteto prevén organizar encuentros regulares a nivel de altos funcionarios de exteriores. Además, los líderes de los cuatro países decidieron encargar a la OSCE la supervisión y el control de los acuerdos. El presidente ucraniano, Petro Poroshenko solicitó una misión de la ONU, pero la idea fue rechazada categóricamente por Moscú.

El acuerdo contempla, además del alto el fuego, el restablecimiento del control total de la frontera con Rusia por parte del Gobierno de Ucrania para fines de 2015, si para entonces se regula políticamente el problema del Este y los líderes electos de las zonas hoy rebeldes dan su consentimiento. Para la futura regulación se prevén cambios constitucionales descentralizadores, que deben ser planteados en el Parlamento de Kiev, elecciones locales con observadores internacionales, régimen especial con prerrogativas tales como el nombramiento de fiscales y la formación de una policía popular así como autodeterminación lingüística, lo que, aparentemente, supone que podrán usar el ruso en los trámites oficiales si lo desean.

Ambas partes se han comprometido a retirar sus armas pesadas para crear una zona desmilitarizada de un mínimo 50 kilómetros de anchura (en septiembre se fijó en 30 kilómetros). Los ucranios deberán retirarse tomando como referencia la línea de contacto actual y los separatistas —que en estos cinco meses han ampliado en 500 kilómetros cuadrados el territorio bajo su control— se regirán por la línea de contacto acordada en septiembre. La OSCE contribuirá a la verificación de la retirada de las armas pesadas con ayuda de drones y radares. Además, serán amnistiados

contra Rusia para favorecer su talento negociador y aumentar las ayudas económicas a Ucrania.

En Minsk, un Putin algo menos beligerante moderó su lenguaje y no habló ni de «fascistas» ni de la «federalización de Ucrania» ni de los rusos de *Novorossia* (Nueva Rusia, término con el que Moscú denomina las provincias rebeldes), sino de los «insurgentes». Eso sí, en ningún momento mencionó la anexionada península de Crimea ni se mostró dispuesto a asumir ningún tipo de responsabilidad por las violaciones constantes de la soberanía de Ucrania. Prueba evidente es que tan sólo

una semana después de la firma de *Minsk II*, los separatistas pro rusos —una vez más, con el apoyo de tropas de Moscú— aprovecharon la tregua para incentivar la ofensiva y hacerse con el control de la estratégica ciudad de Debáltsevo. Los soldados ucranianos tuvieron que abandonar la ciudad —unos 3.000 militares fieles a Kiev mantenían su defensa tras un asedio de varias semanas— con lo que los rebeldes se han hecho



Tropas ucranianas abandonan el 18 de febrero la estratégica ciudad de Debáltsevo tras una ofensiva rebelde que vulneró el alto el fuego.

con un puesto vital para restablecer el transporte (particularmente el ferroviario) entre los bastiones de Donetsk y Lugansk. «Las acciones de los separatistas son una clara violación del alto el fuego», aseguró la alta representante para la política exterior de la Unión Europea, Federica Mogherini. E insistió en que «la UE está preparada para tomar las medidas adecuadas si continúan los combates u otras violaciones de Minsk».

todos los implicados en los sucesos y liberados todos los rehenes, lo que, según Poroshenko, incluye a la aviadora ucraniana Nadezhda Sávchenko, trasladada a Rusia, donde se la acusa de complicidad en la muerte de dos periodistas.

En la zona de conflicto se restablecerán la infraestructura económica y social y el sistema bancario, este último con ayuda europea. Días antes de la Cumbre, el Fondo Monetario Internacional aprobó un rescate de 17.200 millones de dólares para ayudar a solventar la profunda crisis económica que padece Ucrania, y la Unión Europea acordó también 48 horas antes de la reunión de Minsk suspender nuevas sanciones

JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA

Encontrar una explicación sencilla a lo que está ocurriendo es prácticamente imposible. Hay muchos elementos en juego y variables que analizar pero, a grandes

CONFLICTO EN EL ESTE DE EUROPA

En teoría, Rusia no está en guerra con Ucrania. Pero, desde el inicio de la crisis hace poco más de un año, las pruebas que constatan la implicación con material y efectivos humanos del Ejército ruso en apoyo de los separatistas ucranianos son evidentes. Además, es casi imposible delimitar con precisión el material del Ejército ucraniano que sigue en poder de Kiev y el que ha caído en manos de las tropas rebeldes. En marzo de 2014 Crimea fue anexionada a Rusia y con ella todas las bases ucranianas de su territorio.



FUERZAS ARMADAS UCRANIANAS

- **EFFECTIVOS HUMANOS:** 129.950
- **Carros de combate:** 1.160
- **Aviones de combate:** 221
- **Buques de guerra:** 17



FUERZAS ARMADAS RUSAS

- **EFFECTIVOS HUMANOS:** 850.000
- **Carros de combate:** 2.500
- **Aviones de combate:** 1.389
- **Buques de guerra:** 171

FUERZAS REBELDES

El Ejército de la zona denominada Nueva Rusia (Milicia Popular de Defensa) cuenta con unos 30.000 soldados profesionales procedentes del antiguo Ejército ucraniano, pero la inmensa mayoría de sus integrantes son milicianos. Además, según el SIPRI hay más de 15.000 militares rusos en sus filas (algunos de ellos oficiales).



Las nuevas fronteras de la OTAN

▶ 1989



▶ 2014



Desde 1999, los miembros del antiguo Pacto de Varsovia se han ido incorporando a la OTAN tras consolidar sus procesos democráticos y solicitar su admisión en esta Alianza. Polonia, Hungría y la República Checa fueron los primeros. Les siguieron en 2004 Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Bulgaria y Eslovenia. Los últimos han sido, en 2009, Albania y Croacia.

Rafael Navarero / Fuente: IISS, ONU, OTAN, El País, elaboración propia.

La respuesta aliada

Desde el comienzo de las operaciones militares rusas en Ucrania, la OTAN ha desarrollado un complejo equilibrio entre la responsabilidad por defender a sus aliados, garantizar la legalidad internacional y mantener la cabeza lo suficientemente fría para sopesar con sensatez y responsabilidad la respuesta ante las provocaciones. Eso sí, siempre dejando muy claro que el territorio de la Alianza es intocable y cualquier atisbo de intimidación en el espacio euroatlántico supondrá la activación del artículo 5 en estricta defensa de sus miembros. «Debemos asegurar una mayor presencia en los países más vulnerables», afirmó Barack Obama ante los líderes europeos poco después de la anexión rusa de Crimea. De forma simultánea, el entonces secretario general de la Alianza Atlántica, Anders Fogh Rasmussen, emitió un comunicado en el que aseguraba que habrá «medidas adicionales para reforzar la defensa colectiva», incluyendo «planes de defensa actualizados y más desarrollados, ejercicios reforzados y despliegues apropiados» en la zona de tensión, fundamentalmente Polonia, Rumanía y los Países Bálticos (la OTAN ha ampliado los cometidos de su misión de vigilancia en el espacio aéreo báltico. Ver páginas 6 a 11 de este número). Días después de la anexión de Crimea, la Alianza también amplió el número de F-16 desplegados para reforzar la seguridad en su frontera oriental (en concreto, hay seis enviados por Dinamarca, ocho de Reino Unido y veinte estadounidenses). Desde que comenzó la crisis varios aviones de vigilancia AWACS sobrevuelan Polonia y Rumanía.

El tema de Ucrania fue el gran protagonista de la Cumbre aliada de Gales del mes de septiembre. La lógica sensación de vulnerabilidad

de estados como Polonia o los Bálticos exigía que, una vez más, los aliados reafirmaran en el comunicado su compromiso y recordaran a propios y extraños que la esencia misma de la OTAN es garantizar la seguridad de sus miembros y exportar estabilidad a sus socios. En Gales los aliados decidieron crear una *Fuerza de Muy Alta Disponibilidad* (VJTF, *Very High Readiness Joint Task Force*) de unos 5.000 efectivos para actuar allí donde sea necesario en un plazo de 48 horas. Desarrollada en la reunión de ministros de Defensa celebrada el pasado mes de enero en Bruselas, la VJTF se pondrá en marcha de manera interina ya en 2015, año durante el que Alemania asumirá su liderazgo. Dará el relevo a España el 1 de enero de 2016 cuando la primera Fuerza adquiera la plena operatividad. El mando de la VJTF lo ejercerán, con carácter rotatorio, los Cuarteles Generales de Alta Disponibilidad de la Alianza.

También en la citada reunión del pasado mes de enero, los titulares de Defensa aliados aprobaron la puesta en marcha inmediata de seis unidades de mando y control

que estarán situadas en Polonia, Letonia, Lituania, Estonia, Rumanía y Bulgaria y que aportarán, si fuera necesario, un refuerzo de tropas en el Este. Estarán integradas por 30 ó 40 efectivos y dispondrán de material logístico preposicionado.

Por otra parte, dentro de los vínculos de asociación que mantiene la Alianza con Ucrania, los aliados han incrementado sus labores de asesoramiento con las Fuerzas Armadas de Kiev. Se han incrementado los ejercicios conjuntos y se han creado cinco fondos financieros con los que ayudar a la modernización del Ejército ucraniano.



El secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, visita el despliegue aliado en la base aérea de Lask en Polonia.

rasgos, se trata de una combinación de nacionalismo e intereses económicos. Desde hace años Putin enarbola como excusa y origen para su actual política hacia Ucrania la ideología denominada *Euroasianismo*, una corriente geopolítica elaborada por un grupo de intelectuales rusos en el exilio a principios del siglo XX. Surgida como contrapeso al estalinismo, entendía la revolución rusa como una transición necesaria para el país que

está llamado a volver a ser nacionalista, tradicionalista y el bastión de la religión ortodoxa. Defendía que los rusos no eran europeos, y que junto con sus pueblos vecinos (eslavos, rumanos, griegos y los musulmanes del Caucaso y Asia Central) formaban un espacio propio entre Europa y Asia, Euroasia. Consideraban el oeste soviético (incluida Ucrania) el «corazón» de este espacio. Ucrania está asentada en el antiguo Rus de Kiev, un

imperio de la Edad Media cuyo centro era la actual capital ucraniana. Está considerado el predecesor de las actuales Ucrania, Rusia y Bielorrusia y fue, sin duda, el primer estado eslavo de la zona oriental de Europa. En los siglos X y XI fue el principal centro cultural y político de todo el Este de Europa y es la «madre» de todas las ciudades rusas.

Bajo esta premisa y la incuestionable realidad de que la zona rusófona de

Ucrania está asentada en el antiguo Rus de Kiev, un imperio medieval considerado la cuna de la actual Rusia

Ucrania es, con diferencia, la más rica e industrializada del país y que los vínculos de su población con Moscú se han mantenido durante décadas, el Kremlin y la población del Donbaas no veían con buenos ojos la cada vez mayor aproximación de Kiev a Europa y Estados Unidos. Desde hacía años, Putin venía denunciando que Estados Unidos había incumplido un pacto tácito acordado en 1989 entre los entonces presidentes, Bill Clinton y Boris Yeltsin, según el cual Moscú se comprometía a aceptar la reunificación de Alemania a cambio de que la OTAN no se ampliara hacia el Este. No hay constancia de dicho pacto pero lo que sí es cierto es que Rusia ha visto cómo iba perdiendo áreas de influencia y, tras una primera etapa de amistad con la OTAN y Bruselas, en la última década ha mostrado su firme oposición a temas tan sensibles como el despliegue del escudo antimisiles aliado o la intervención militar en Siria. Y practicó en Ucrania una política de «amistad» para garantizar la permanencia en el poder de su delfín más fiel, Víctor Yanukovich, a la vez que emprendía una campaña de propaganda mediática en las zonas prorusas.

En este contexto, hace exactamente un año, la negativa de Yanukovich a firmar un tratado de asociación con Europa generó una ola de protestas en Kiev (según Moscú auspiciada y financiada



Sergey Dolzhenko/ EFE

Una mujer ucraniana deposita flores ante unas cruces instaladas a las afueras de Kiev en homenaje a los miles de muertos en las zonas rebeldes del Este del país.

por Estados Unidos). Fueron los conocidos sucesos de la plaza del Maidan que desembocaron en la huida hacia Moscú de Yanukovich el 24 de febrero de 2014. Kiev eligió un nuevo gobierno de transición encabezado por Petro Poroshenko que, desde el primer momento, mostró sus simpatías hacia Bruselas. Moscú parecía el gran perdedor pero la partida acababa de empezar. Un ejército anónimo, sin identificación ni bandera pero con equipación y lengua

claramente rusa, se desplegó en la península de Crimea aupado y respaldado por milicias populares pro rusas.

El 4 de marzo, los rebeldes tomaron al asalto el parlamento en la capital, Sínteropol, destituyeron al gobierno legítimo y se nombró a un nuevo presidente, Serguéi Axiónov, un delfín de Putin que lo primero que hizo fue aprobar una declaración de independencia y convocar un referéndum para «legitimar» la anexión a Moscú.

Los resultados del referéndum fueron apabullantes: el 96,77 por 100 de los votantes se pronunciaron a favor de la incorporación a Rusia. Cuarenta y ocho horas después, Vladimir Putin y una delegación de la «nueva» Crimea firmaban en Moscú el documento por el que la península se anexionaba a la Federación Rusa. Denunciada por todos y no reconocida por nadie, lo cierto es que, en este momento la anexión de Crimea ya es una realidad. Consolidada la península, Putin se centró en armar y arengar a los separatistas del Este de Ucrania. La frontera oriental de Rusia ha sido prácticamente borrada y el trasvase de personal y material a Ucrania es casi imposible de cuantificar. Por el momento, los acuerdos de Minsk delimitan las zonas de control de Kiev y Moscú. El futuro del Este de Ucrania parece ser una región autónoma cada vez más próxima a Rusia.



Sergey Vaganov/ EFE

Cientos de personas permanecen el pasado enero en un refugio de la localidad de Mariúpol, al Este de Ucrania, después de un ataque con artillería de los rebeldes.

Rosa Ruiz